

MANUEL DE PEDROLO

MECANOSCRITO DEL SEGUNDO ORIGEN



minotauro ESENCIALES

MANUEL DE PEDROLO

**MECANOSCRITO
DEL
SEGUNDO
ORIGEN**

minotauro ESENCIALES

Mecanoscrito del segundo origen
Título original: *Mecanoscrit del segon origen*
© Herederos de Manuel de Pedrolo, 1974, 1988, 1990, 2002

Prólogo: © Sara Martín Alegre, 2024
Traducción: © Domingo Santos, 1988

Publicación de Editorial Planeta, S. A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Diseño de cubierta: Cover Kitchen
Revisión: Grupo Ormo

ISBN: 978-84-450-1738-8
Depósito legal: B. 6.704-2024
Printed in EU / Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

Cuaderno de la destrucción y de la salvación

TT/1

(1) Alba, una muchacha de catorce años, virgen y morena, volvía del huerto de su casa con un cestillo de higos negros, cuando se detuvo para reprender a dos chicos que pegaban a otro y lo hacían caer a la alberca de la esclusa, y les dijo:

—¿Qué os ha hecho? Y ellos respondieron:

—No lo queremos con nosotros porque es negro.

—¿Y si se ahoga?

Y ellos se encogieron de hombros, porque eran dos muchachos formados en un ambiente cruel, lleno de prejuicios.

(2) Y entonces, cuando ya dejaba el cestillo para lanzarse al agua sin siquiera quitarse la ropa, puesto que solo llevaba unos *shorts* y una blusa sobre la piel, el cielo y la tierra empezaron a vibrar con una especie de trepidación sorda que se fue acen-
tuando, y uno de los chicos, que había levantado la cabeza, exclamó:

—¡Mirad!

Los tres pudieron ver una gran formación de aparatos que se desplegaban lentamente en la lejanía, y eran tantos que cubrían el horizonte. El otro muchacho dijo:

—¡Son platillos volantes, tú!

(3) Y Alba miró todavía un momento hacia los extraños objetos ovalados y planos que avanzaban con rapidez hacia el pueblo mientras aumentaba el temblor de la tierra y del aire y crecía el ruido, pero entonces pensó de nuevo en el hijo de su vecina Margarida, Dídac, que había desaparecido ya en las profundidades de la esclusa, y se lanzó de cabeza al agua, dejando atrás a los chicos, que se habían olvidado por completo de lo que habían hecho y ahora decían:

—¡Mira cómo brillan! ¡Parecen de fuego!

(4) Y dentro del agua, cuando ya nadaba hacia las profundidades, Alba se sintió como arrastrada por el poder de un movimiento interior que quería llevársela de nuevo hacia la superficie; pero luchó enérgicamente y con todo su vigor contra las olas y los remolinos que alteraban la calma habitual de la alberca, y braceó con esfuerzo para acercarse al lugar donde había visto desaparecer a Dídac.

Otra conmoción del agua, más intensa aún, la apartó de la orilla sin vencerla, puesto que ella opuso toda su voluntad y todos los recursos de su destreza, y, por debajo del vórtice que estaba a punto de dominarla, se sumergió aún más y nadó hacia las lianas que aprisionaban al muchacho.

(5) Y sin tocar fondo, ahora en un agua repentinamente calmada, arrancó a Dídac de las plantas que lo aferraban y entre cuyos zarcillos habían hallado la muerte otros niños; y sin que él le diera ningún trabajo, puesto que había perdido el conocimiento, lo arrastró con una mano, mientras con la otra y los pies abría un surco hacia la superficie, donde su contenida respiración estalló como una burbuja horadada antes de seguir nadando hacia la orilla.

Mientras se encaramaba a ella e izaba el exánime cuerpo del muchacho, aún tuvo tiempo de ver cómo la nube de aparatos desaparecía por el horizonte de levante.

(6) Y, sin entretenerse, Alba tendió a Dídac de bruces sobre la hierba de la orilla y le hizo sacar tanta agua como pudo, lo volvió boca arriba al comprobar que aún no daba señales de vida, y hundió su boca entre los labios del muchacho para insuflarle el aire de sus propios pulmones hasta que el chico parpadeó y se agitó, como si aquella boca extraña le molestara.

Le quitó la empapada ropa para que el sol secara su cuerpo, lo friccionó, inclinada sobre él, y tan solo entonces, cuando el muchacho ya se recuperaba, se le ocurrió pensar que resultaba extraño que los dos chicos que le habían empujado no hubieran acudido.

(7) Y entonces vio que estaban tendidos en el suelo, inmóviles y con las facciones contraídas, como fulminados por un ataque de apoplejía que les hubiera dejado la cara de un color rojo amarillento. El cestillo se había volcado y todos los higos estaban

esparcidos a su alrededor, pero no los habían comido, puesto que no había mancha alguna en sus labios. Dídac, que se incorporaba, preguntó:

—¿Qué están haciendo, Alba?

—No lo sé... Vámonos, no te quieren.

—¿Crees acaso que están muertos?

(8) Y entonces Alba, que se estaba volviendo hacia un lado al darse cuenta de que tenía un gran desgarrón en la blusa, levantó la vista hacia el pueblo, y abrió la boca sin que de ella brotara ningún sonido. Ante sus ojos, a trescientos metros, Benaura parecía otro, más plano; debajo del polvo, que flotaba sobre él como una bruma sucia y persistente, las casas se amontonaban unas encima de otras, como aplastadas por una enorme y torpe mano. Volvió a cerrar los labios, los abrió de nuevo y exclamó:

—¡Oh!

E inmediatamente, sin acordarse de que la blusa ya no ocultaba sus pechos, echó a correr camino abajo.

(9) Y en el pueblo no quedaba nada de pie. Los edificios se habían derrumbado sobre sí mismos, como si sus paredes hubieran flaqueado de pronto, y los tejados habían caído sobre sus escombros. Por las calles había diseminados montones de piedras y tejas partidas, cubriendo principalmente las aceras, pero el hundimiento había sido demasiado a plomo como para dejar intransitables las vías más anchas, por donde corría ya el agua de las cañerías reventadas que, en algunos puntos, alzaba impetuosos géiseres entre la polvareda.

En muchos lugares las paredes seguían en pie, como si quisieran contener en su interior el derrumbamiento de los pisos altos, amontonados en algunos casos entre paredes que, pese a estar agrietadas, habían resistido el feroz impulso de un ataque aniquilador. Porque todo lo que veían sus ojos era obra de aquellos aparatos misteriosos, Alba estaba segura de ello.

(10) Y por todas partes, medio sepultados por los escombros, en el interior de los coches parados, por las calles, había cadáveres, gran cantidad de cadáveres, muchos con el rostro contraído en un rictus extraño y la piel rosado-amarillenta.

No los habían abatido ni las piedras ni las vigas caídas, puesto que algunos estaban tendidos en lugares despejados y yacían sin sangre visible ni heridas, simplemente caídos, como golpeados por el rayo de la apoplejía. Otros, en cambio, colgaban del agrietado pavimento de los pisos o apenas asomaban un miembro, o la cabeza, por entre los escombros que los aprisionaban. Los conocía a casi todos: eran vecinos, amigos, gente a la que estaba acostumbrada a ver cada día.

También tenían que estar sus padres.

(11) Y echó a correr de nuevo, ahora jadeando bajo un jirón de su blusa, que se había atado al rostro a modo de mascarilla para protegerse contra el polvo que la hacía toser. Avanzó hacia la plaza, donde la torre del campanario, casi incólume, se alzaba enhiesta sobre las ruinas de lo que había sido la iglesia, y que cortaban la entrada a las callejuelas de atrás, lo bastante estrechas como para obligarla a escalar montañas de muebles, paredes,

cadáveres, y dejarse deslizar hacia abajo por terraplenes cuya superficie rodaba bajo sus pies.

Fue orientándose por una geografía ciudadana ahora desconocida, atravesó el talud de unos bajos que luego se hundieron y casi la sepultaron, saltó un muro alto donde se enganchó una de las perneras de sus *shorts*, que se abrieron de arriba abajo, quedando retenidos solo por la trinchera, y siguió corriendo por una calle corta y despejada, pero inundada por una improvisada fuente, hacia la esquina donde estaba su casa.

(12) Y ahora la casa ya no estaba. Los dos pisos del edificio se habían precipitado sobre el techo de los bajos, que también debía de haber cedido detrás de la puerta que ahora, con la pared ligeramente combada por la presión, cerraba la tumba donde reposaban su padre, su madre, su hermana que tenía que casarse el mes próximo...

Levantó las manos, las aplastó contra la sólida madera, y luego las dejó resbalar lentamente, mientras todo su cuerpo cedía sobre sus desvalidas piernas, hasta que sus rodillas tocaron el suelo lleno de cascotes y toda ella, indiferente al dolor físico, se postró mientras murmuraba:

—¡Madre! Madre...

(13) Y sus labios temblaron con un llanto que le desencajó el rostro, del que se había deslizado la improvisada mascarilla, mientras sus manos seguían arañando obstinadamente la madera, en la que fue dejando fragmentos de uña, hasta que la tímida voz inerte que también lloraba dijo a su lado:

—¿Y mi madre, Alba?

Dídac la había seguido desde la esclusa, había recorrido como ella las calles visitadas por la muerte, había saltado las montañas de escombros y, por el laberinto de callejuelas, había llegado también a su hogar. Porque él vivía al lado, con Margarida, su madre, que años atrás había ido a servir fuera y se había dejado preñar por un negro.

Alba se abrazó a él, lo apretó contra sí en un gesto desesperado, pero cortó el llanto que aún anudaba su garganta y se levantó lentamente, sostenida por el cuerpo infantil de nueve años que suplicaba con un lloriqueo:

—No ha muerto, ¿verdad?

(14) Y había muerto. La encontraron junto al fogón, tras entrar en la casa por un agujero en el techo, y aún sostenía entre las manos una cuchara con la que iba a remover la pasta que todavía podía verse, intacta, en una olla de barro.

El muchacho se abrazó a ella con un gemido de animalillo y la llamó una y otra vez, como si creyera que estaba durmiendo y quisiera despertarla, mientras Alba acariciaba su rizado pelo y le dejaba desahogarse, ahora con los ojos secos, aunque su corazón se hinchaba como si las lágrimas se acumularan en él, entre las grietas de los arrítmicos latidos. Luego Dídac se aferró a ella como un náufrago se agarra a un madero, y le empapó las mejillas con sus lágrimas mientras balbuceaba palabras sin sentido. Ella dijo:

—Deben de haber matado a todo el mundo.

(15) Y mientras le explicaba lo de los aviones, que él no había visto porque estaba bajo el agua, oyeron un inesperado gorjeo que les hizo volver la cabeza hacia la ventana del patio, que aún conservaba el antepecho. E inmediatamente vieron, intacta, la jaula del pájaro, que no dejaba de agitar las alas.

—¡El jilguero!

Dídac desprendió sus manos del cuello de Alba y se irguió:

—El Peque...

La muchacha, esperanzada, estrujó las manos contra su pecho para aquietar su corazón, que parecía querer saltar fuera de él.

—¡No estamos solos, Dídac, no estamos solos!

(16) Y lo estaban. No había quedado nadie de su especie, ni ningún mamífero. Como fueron viendo al abandonar la casa y recorrer los escombros, entre los cadáveres humanos había también cadáveres de perros, gatos, y en el barrio de los payeses, mulas, cerdos, conejos que yacían muertos en los establos y en los corrales. Habían quedado, sin embargo, las gallinas, que cacareaban entre los restos de las tapias medio derrumbadas o se subían a ellas con alocados aleteos por entre los enhiestos fragmentos de vigas parecidos a trozos de un esqueleto mal sepultado. Tampoco habían muerto las moscas, que zumbaban en torno a las patéticas víctimas que ellos ni siquiera podían pensar en sepultar: había demasiadas.

Calle tras calle, de uno a otro extremo del pueblo, Alba y el muchacho, agarrados de la mano, fueron explorando un escenario que se repetía sin imaginación, y a través del cual, de vez en cuando, dejaban oír la llamada de sus trémulas voces por si

había alguien, agonizante o simplemente atrapado entre los escombros, que pudiera dar señales de vida. Y siempre les respondía el silencio, quebrado tan solo por el silbido de los surtidores que regaban la calle.

(17) Y Alba se sorprendió por la forma en que se había producido la destrucción. Porque, poco a poco, fue observando que, salvo escasas excepciones, allá donde quedaba en pie un trozo de pared o una techumbre, se mantenía en inestable equilibrio sobre el vacío. La acción que desmoronó las casas había obrado de manera uniforme; los pisos bajos se hubieran salvado de no ser por el peso de la caída de los superiores, que reventaron los techos y los inundaron desigualmente de cascotes, según la altura del edificio o la resistencia que los mismos techos podían ofrecer.

Aquello parecía, incluso a sus ojos inexpertos, el resultado de una vibración lo suficientemente poderosa como para agrietar las paredes superiores y en consecuencia abatirlas, pero demasiado débil como para sacudir los muros más próximos a los cimientos, donde los daños habían sido ocasionados solamente por los materiales caídos de lo alto. Sin embargo, ¿qué tipo de vibración podía haber sido aquella para golpear a todas las personas sin excepción y abatirlas con tal unanimidad? ¿Y por qué había respetado a los insectos y las aves?

(18) Y las preguntas se multiplicaron cuando desembocaron en la carretera que cruzaba los arrabales de Benaure, y vieron los coches y los camiones que debían de haberse parado en seco y tras cuyos parabrisas había todo tipo de personas desconocidas,

que jamás debieron de imaginar que iban a morir en aquel pueblo para ellos desconocido.

¿Quizás el destino del pueblo había sido compartido también por otras ciudades del país? ¿Se hallaban ante una catástrofe mayor de lo que imaginaban, una catástrofe global? El propio Dídac hizo eco a su angustia cuando preguntó:

—¿En todas partes ha ocurrido lo mismo, Alba? Su rostro estaba como crispado por el miedo, y la muchacha se dio cuenta de que el desnudo cuerpo del muchacho sangraba a través de numerosas señales rojas, los rasguños que había recibido. Y el de ella también. Dijo:

—Pronto lo sabremos. Pero primero vayamos a vestirnos.

(19) Y volvieron a la plaza, en la que, bajo los porches, había una tienda donde vendían ropa de todas clases y a la que pudieron entrar a través de uno de los escaparates. Dentro, el dueño, la dependienta y dos clientes ocupaban lugares casi simétricos a uno y otro lado del mostrador, sobre el suelo de baldosas amarillas, y al fondo había un gato blanco con el cráneo partido por un cascote que había caído del techo. Alba eligió unos pantalones para el muchacho, unos *shorts* para ella, dos camisas de colores chillones y una toalla. Se quitó los harapos que apenas cubrían su vientre y los dos se lavaron en un surtidor que brotaba entre dos piedras. Ni el uno ni el otro se avergonzaban de su desnudez, él porque era inocente y la muchacha porque siempre había sido honesta y en su casa le habían enseñado a prescindir de la hipocresía.

Después se vistieron con la ropa limpia y se calzaron unas alpargatas tomadas del gran montón que llenaba aquellos

mismos porches, un poco más abajo, donde el alpargatero colgaba siempre una gran cantidad de ellas de dos hierros que ponía y quitaba cada día.

(20) Y seguidamente entraron en la armería por un agujero, de la parte de atrás, allá donde el hombre y alguien más yacían bajo los escombros con los pies fuera, sumergidos en un charco de agua; tomaron unos prismáticos y fueron hacia un cerro de las afueras, no más elevado que la casa más alta del pueblo, y donde estaban situados los depósitos, ahora muy bajos de nivel puesto que el agua salía a borbotones por las grietas e inundaba los campos vecinos.

Desde allá arriba, Alba tuvo la confirmación de que su pueblo no había sido elegido al azar o especialmente favorecido. A cuatro kilómetros de distancia, el pueblo vecino, que de hecho estaba a seis kilómetros, se había convertido también en un laberinto de escombros. Y más lejos, a doce kilómetros, aún pudo ver, si bien no con tanta nitidez, la antigua colonia fabril que con los años se había convertido en un pueblo grande. Últimamente habían construido allí un modesto rascacielos de seis pisos, y también sobresalía la torre del campanario; ahora, sin embargo, no estaban ninguno de los dos, y ningún tejado brillaba bajo el sol.

Dídac, que permanecía a su lado, dijo con un hilo de voz:

—¿No hay nadie, Alba?

Ella bajó los prismáticos y apretó fuertemente su mano.

—No, Dídac, no hay nadie.

(21) Y al cabo de veinte minutos sabían también que los teléfonos no funcionaban, que no había electricidad y que las emisoras de radio habían enmudecido, puesto que ninguna de ellas, ni del país ni extranjeras, acudió a la cita de su búsqueda en el transistor que encontraron en un rincón del dormitorio de una casa de la calle Ancha, donde tan solo se habían salvado una mesilla de noche y el aparato.

Dídac, cuyo rostro estaba cada vez más demudado, gimió:

—¿Qué vamos a hacer, Alba?

Ella le pasó un brazo por los hombros en un gesto animoso y, sin abandonar la pequeña radio que pensaba llevarse, dijo:

—Saldremos de esta, Dídac; no te desanimes.

—¿Pero qué podemos hacer, los dos solos?

—Muchas cosas. Para empezar, comeremos algo. No tenían hambre, pero Alba sabía que les esperaba una jornada muy dura, y estaba dispuesta a luchar; siempre había sido una muchacha decidida.

(22) Y comieron en una tienda de comestibles de la esquina de la calle Mayor, entre anaqueles llenos de botes y de latas de conserva y debajo de una vara larga cargada de jamones y de muchos tipos de embutidos, que se había desprendido de su soporte por un extremo y colgaba ahora sobre la balanza.

Comieron despacio, un poco por obligación, y los bocados se atascaron en sus bocas, y tuvieron que hacer un esfuerzo para tragar, incluso después de abrir una botella de agua mineral para facilitar la deglución. Ambos tenían el estómago revuelto y el corazón oprimido.

A Alba, ahora que se había concedido un momento de

descanso, le preocupaba sobre todo lo que había oído decir a menudo a la gente del pueblo: que después de las guerras y los desastres siempre se producen epidemias de gripe, tifus, quizá de cólera...

Los muertos, reflexionó entonces. En Benaura había más de cinco mil cadáveres, buena parte de ellos sin enterrar, y se irían pudriendo, fermentando; durante días y días, meses y meses, el aire estaría impregnado por el hedor de los cadáveres, saturado de gérmenes pestíferos que ellos inhalarían si no se decidían a huir muy lejos de los lugares habitados, puesto que en todas partes sería igual.

(23) Y Alba tomó un trozo de papel de estraza y una punta de lápiz que encontró en el mostrador y comenzó a escribir, con la espalda apoyada contra la pared. Dídac le preguntó:

—¿Qué apuntas?

—Estoy haciendo una lista de cosas. Porque tenemos que irnos.

—¿Adónde?

—Lejos. Al bosque.

Era el lugar más adecuado. Empezaba a cinco kilómetros del pueblo y se extendía, casi en llano, hacia las montañas del fondo, donde los árboles cedían su lugar a la piedra. Había estado dos veces allí, de excursión, y recordaba que había un riachuelo. Tendrían, pues, el agua asegurada durante todo el tiempo que fuera necesario, quizá dos o tres años.

—Allí estaremos seguros. Entre los muertos no se puede vivir, ¿sabes?

—¿Iremos en coche?

—Si podemos poner uno en marcha... Dídac se animó:

—Yo sé. He visto muchas veces cómo lo hacían en el garaje de Josep, al lado de casa.

(24) Y después de comer regresaron a la carretera, sacaron el cadáver de una mujer de detrás del volante de un Chevrolet, y Dídac subió al coche para ponerlo en marcha. Pero ya lo estaba. Lo estaban todos, y pese a ello no funcionaban. El muchacho se sorprendió:

—¡Es extraño! Lo hago bien...

—Quizá los aviones estropearon los motores.

—Si supiera un poco más de mecánica... Sé dónde hay un libro.

Pero no podían demorarse, porque Alba quería llegar al bosque aquella noche y ya eran las tres de la tarde. Dijo:

—Cuando veníamos hacia aquí he visto dos carretones de mano en el almacén del albañil; nos servirán.

Dídac dejó los coches a regañadientes y la siguió.

(25) Y sacaron de entre los escombros los dos carretones, que habían servido para transportar tablones y materiales de construcción, y se dirigieron en primer lugar a la ferretería más grande de Benaúra, un local que no tenía pisos encima y que tan solo había perdido la techumbre y una pared. Hicieron un entramado con cuerdas en la parte de atrás y en la de delante de los pequeños vehículos de dos ruedas para que no se cayera nada, y cargaron en ellos dos cubos, dos sierras, una azada, una azadilla, dos martillos, y muchos clavos; unas sartenes, unas

parrillas, dos ollas, dos pots, cuatro vasos, seis platos, todo de aluminio, cubiertos de acero inoxidable y cuchillos y tijeras. En el último momento añadieron dos hachas.

(26) Y del cuartel de la guardia civil, entre el río y el cementerio, un enorme caserón de planta y piso con un enorme agujero que les llevó desde el patio a la armería, tomaron dos máuseres y dos armas cortas; pero después tuvieron mucho trabajo para encontrar las municiones, que estaban sepultadas debajo de un tabique, tras el despacho donde había quedado el teniente, con la cabeza reclinada sobre los brazos apoyados en la mesa, como si durmiera.

(27) Y de la tienda de comestibles, a la que volvieron, tomaron conservas de todas clases, dos jamones, un cesto de embutidos, seis quesos, una caja de jabón, leche en polvo, mermeladas, botellas de licor, aceite, sal y fruta. También se llevaron el lápiz con el que Alba había confeccionado su lista, un bolígrafo que apareció en un cajón y un montón de bolsas de plástico.

(28) Y la siguiente parada fue ante la farmacia vieja, a la que tuvieron que descolgarse por el techo y no sin peligro de quedar sepultados, a fin de hacer acopio indiscriminado de un montón de medicinas que Alba dijo que estudiaría con ayuda de un recetario que descubrió en el armarito de la trastienda, donde también había un diccionario de medicina, grueso y lleno de ilustraciones.

(29) Y, camino de la tienda de electrodomésticos, se les ocurrió entrar en el estanco cuando pasaron por delante, y allí se provieron de cajas de cerillas y de encendedores, y llenaron dos bolsas con una previsora cantidad de paquetes de tabaco, porque Alba sabía que el humo ahuyenta a los insectos y el bosque estaría lleno de ellos. También tomó de allí otro bolígrafo.

(30) Y en el establecimiento de electrodomésticos no pudieron entrar de ninguna forma, porque se hallaba en los bajos de una de las casas más altas de Benaure y estaba demasiado lleno de escombros; pero no muy lejos había una fontanería que les permitió proveerse de linternas eléctricas de sobremesa y de bolsillo y de un buen puñado de pilas de recambio, que metieron en otra bolsa de plástico.

(31) Y luego se fueron a la tienda de ropa donde se habían vestido unas horas antes, y de las bien colmadas estanterías fueron sacando todo lo que necesitarían: mantas, camisetas, bragas, calzoncillos, camisas, calcetines, pañuelos, pantalones, jerséis, dos chaquetas, un impermeable y una gabardina para cada uno... Fuera, adquirieron más calzado de la zapatería y dos pares de botas de agua.

(32) Y por entonces los carretones estaban ya tan llenos que Dídac, pese a que era un muchacho robusto para sus años, no podía arrastrar ninguno de los dos. De modo que Alba se situó entre las varas y fue llevándolos así, uno después de otro, hasta

la salida del pueblo, donde los dejaron para ir a buscar aquel libro de mecánica. Pero por el camino Dídac dijo:

—También quiero al Peque.

La muchacha, que temía que a Dídac fuera a afectarle el ver de nuevo a su madre, aprovechó que ya estaba oscureciendo para contestarle:

—Es muy tarde, Dídac... Si acaso, para ganar tiempo, haremos una cosa: tú vas a buscar el libro, y yo iré por el Peque.

(33) Y de este modo Alba pudo ir sola al vecindario donde siempre había vivido y donde ahora reposaban los suyos. Tomó la jaula donde el Peque se estaba ya adormeciendo, acarició la fría mejilla de Margarida como despedida y, al salir, se detuvo unos instantes delante de su perdida casa. Apoyó suavemente la mano plana contra la cerradura, apretando como si la acariciara, y, anegada por un sentimiento de ternura y de pesar, murmuró:

—Adiós, queridos...

(34) Y tras reordenar la carga, que lo necesitaba, emprendieron cuando ya casi eran las ocho el camino hacia el bosque, donde no llegarían aquella noche, porque era un camino de tierra lleno de roderas en las cuales, durante las tres siguientes horas, se atascaron más de una vez. Ella delante, tirando, y Dídac detrás, empujando, hicieron avanzar sucesivamente los dos carretones de kilómetro en kilómetro para alejarlos del pueblo, donde ni Alba ni el muchacho deseaban volver.

Con la llegada de la noche el cielo se iluminó en dos lugares distintos, donde debían estar ardiendo pueblos, y aquello hizo

más salvaje la oscuridad por la que avanzaban en silencio, concentrados en un esfuerzo tan insostenible que al final, hacia las once, los músculos, rebeldes y demasiado doloridos para responder a la voluntad, les obligaron a detenerse al pie de un cerro donde, bajo unos árboles, había una extensión de hierba.

En aquel momento se hallaban a tres kilómetros de Benaura.

(35) Y sentados al borde del claro, con los pies desnudos y lla-
gados de haber caminado por entre escombros, comieron que-
so y manzanas de los alimentos que llevaban, y Dídac dijo:

—¿Crees que ha sido un castigo de Dios, Alba?

—¡Por supuesto que no, Dídac! ¿De dónde has sacado esa
idea?

—Porque a veces, desde el púlpito, el cura decía que en el
pueblo había muchos pecadores y que Dios los castigaría...

—¿Eso predicaba?

—Sí. Como tú no ibas a misa... ¿Por qué no ibais a misa
vosotros?

Alba, cuyo padre había estado incluso en la cárcel, pese a no
haber asesinado ni robado ni estafado nunca a nadie, contestó:

—Quizá por eso, Dídac: para no tener que escuchar ese
tipo de sermones.

—¿Qué quieres decir?

—Que no es posible que tú y yo seamos los únicos justos,
Dídac.

El muchacho calló, meditabundo.